

*

Este número de *Documentación OMI* publica la carta que el superior general ha dirigido en enero a los oblatos en formación primera.

*

DOCUMENTACIÓN-OMI es una publicación no oficial
de la administración general
de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada
C. P. 9061, 00100 Roma-Aurelio, Italia
Fax: (39 6) 39 37 53 22

Queridos oblatos:

Con motivo de nuestras fiestas oblatas del 25 de enero y 17 de febrero, vuelvo a vosotros con esta carta que os llegará estando yo en Senegal con el consejo general y los superiores mayores de África-Madagascar.

En el pasado año me he encontrado con varios grupos de oblatos en formación primera: en la India, Tailandia, Indonesia, Sudáfrica, Lesotho. En estas últimas visitas he dado preferencia a las casas de formación, convencido de que el futuro depende en gran parte de su calidad. Entre los acontecimientos más importantes de 1993, quisiera recordar la erección de la viceprovincia indonesia (21 de mayo); el comienzo de la nueva misión en Colombia por parte de la provincia de Haití (octubre); el 50 aniversario del teologado de Cedara (19 de octubre); el Congreso internacional sobre la vida consagrada organizado por la Unión de superiores generales y tenido en Roma (22-29 de noviembre) en cuya preparación y desarrollo he estado particularmente ocupado.

*Testigos en comunidades apostólicas
a través de la caridad*

La caridad fraterna es el objeto de esta carta para 1994. Si la relación personal con Cristo es fuente de nuestra vida y de nuestro apostolado, la caridad fraterna es fruto y signo de la vida nueva que viene de él. «Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (cf. Jn 17, 21).

Es la caridad fraterna la que nos hace comunidad, la que nos hace

testigos, la que nos hace oblatos. Está en el centro de nuestro carisma, forma parte esencial de nuestro espíritu de familia, es característica de nuestra identidad. Tiene una relevancia particular en nuestro mundo como también en la vida de la Congregación en este momento histórico.

Vamos camino de ser, en efecto, cada vez más una Congregación internacional e intercultural. Sólo gracias a la caridad, nuestras comunidades pluriétnicas pueden llegar a ser auténticas y dar testimonio en nuestro mundo. En mi primera visita a Sudáfrica en abril de 1987, en un momento en que arreciaba el apartheid, quedé gratamente impresionado por nuestras comunidades de formación. He visto en ellas la imagen de lo que habría debido ser la sociedad sudafricana. En ellas, en efecto, vivían en armonía indios, blancos, negros, mestizos de diversas culturas y étnias. Lo he constatado de nuevo en los pasados meses. Las comunidades internacionales son cada vez más frecuentes en las casas de formación de América latina, de África y hasta de América del Norte y Europa, porque las sociedades modernas son cada vez más pluralistas y pluriétnicas. Esto evidentemente presenta desafíos particulares para una convivencia efectiva que supere no sólo los conflictos sino también la superficialidad de las relaciones. Esto impulsa a nuestras comunidades a construirse sobre el evangelio. Nuestro vivir juntos, en efecto, no tiene su origen y crecimiento en lazos de carne o de sangre o de cultura sino en la llamada de Jesucristo (cf. C. 1) y en la caridad evangélica (cf. C. 3), que nos hacen misioneros (cf. C. 37).

*Comunión e interdependencia,
expresión de caridad*

El documento capitular de 1992 emplea juntos dos términos que han despertado diferentes reacciones durante el capítulo y después. Para designar las relaciones comunitarias en el ámbito local y de Instituto se habla de «comunión e interdependencia» (1).

«Comunión» es un término teológico actualmente de uso frecuente. La eclesiología del Vaticano II se centra en la teología de comunión. Siguiendo la huella conciliar, la vida comunitaria se percibe como comunión de personas más que como conjunto de estructuras. La perspectiva de comunión remite a la vida trinitaria, de la que la vida cristiana toma origen y en la que se modela. Dios es comunión, es caridad en sí mismo y en relación con nosotros. Nos invita, por tanto, a vivir la comunión con él y entre nosotros. Nos llama a vivir en la caridad.

«Interdependencia» indica relaciones mutuas. La experiencia social pone de manifiesto cada vez más los lazos mutuos. Hay dependencia entre culturas, economías, grupos. Nadie es una isla. En el mejor de los casos hay interdependencia, influjo mutuo, apoyo mutuo. En la comunidad religiosa la interdependencia indica la encarnación de las relaciones, la mutua responsabilidad, el influjo mutuo.

La aproximación de los dos términos no es el resultado de un compromiso de dos mentalidades presentes en el capítulo, sino el acercamiento de dos sensibilidades complementarias, una que subraya más la dimensión teológica y la otra las exigencias sociales del nuestro estar juntos. El texto capitular especifica las consecuencias de esta comunión-interdependencia.

«En el plano humano, estamos llamados a un sentido adulto de responsabilidad. Esta actitud (...) presupone un espíritu de cooperación e iniciativa y un diálogo efectivo con la comunidad. Se tratará, además, de apoyarse mutuamente, de compartir, de mirar unos por otros» (TCA, 11). «Viven en verdad su humanidad cuando practican cualidades humanas como el respeto a los demás, la generosidad, la empatía. Son capaces de acoger al otro en su libertad y su diferencia» (TCA, 16).

Estas actitudes de relación deben concretarse y estructurarse para que lleguen a ser una caridad vivida comunitariamente. «Una comunidad que vive la comunión-interdependencia necesita un ritmo regular de encuentros y retiros para “alabar al Señor, evaluar su actividad, renovarse y reforzar los lazos de la unidad” (C. 38). Para un grupo misionero activo, esto supone primero una planificación comunitaria (...). El compartir en lo financiero constituye una dimensión esencial de la comunidad como comunión-interdependencia (...). Se nos pide que estemos dispuestos a dar cuenta a la comunidad del uso del dinero y de los bienes para crecer juntos en la libertad y el desprendimiento (...). La comunidad tiene un papel de curación y de reconciliación (...). Atenta a los aniversarios y a las fiestas, comparte penas y alegrías de cada uno (...). Cada comunidad es invitada a elaborar un proyecto misionero común (...)» (cf. *TCA*, 23 *passim*). Hablando de la formación primera, citando la C. 39, se afirma: «El hombre de comunidad deberá aprender “a compartir lo que es y lo que tiene... poniendo al servicio de todos, su dones de amistad y los talentos recibidos de Dios”» (*TCA*, 32).

El documento capitular recuerda que la caridad no es una cualidad simplemente humana. Brota de nuestra vida en Cristo (cf. *TCA*, 9, 17). «Es Jesús formador que llama y reúne a sus discípulos en torno a sí, que crea entre ellos lazos de unidad y de amor, que les da la fuerza del Espíritu y los envía como sus testigos» (*TCA*, 26). «Esta presencia del Señor nos une en la caridad y la obediencia para hacernos revivir la comunión de los Doce, y nuestra misión común en el Espíritu. A esta luz, la práctica comunitaria no se limita a crear un grupo que funcione bien; tiende a establecer una interdependencia, una comunión profunda de unos con otros» (*TCA*, 10). Partiendo de esta vida en Cristo, la caridad encuentra la profundidad y la perseverancia exigidas por nuestra consagración y nuestra misión común. «En el plano de la fe, la C. 31 nos recuerda que “los oblatos realizan la unidad de su vida sólo en Jesucristo y por él”. Por eso, como personas y como comunidades,

nos esforzaremos en intensificar nuestra relación con él. A medida que madura nuestra responsabilidad mutua, nos hacemos más transparentes unos a otros, hasta el punto de saber compartir a fondo nuestra historia personal, los proyectos misioneros y nuestra vida de fe» (TCA, 12).

Sólo en esta unión de amor humano y divino, de comunión e interdependencia mutua llegamos a ser «un solo corazón y una sola alma y nuestras comunidades serán cada vez más apostólicas por la calidad de su testimonio, dando así un fruto que permanece» (cf. TCA, 13).

*Siguiendo las huellas
de las Constituciones*

El documento capitular de 1992 se sitúa en continuidad con nuestro libro de vida. Ya la Regla del Fundador tiene más de cuarenta alusiones directas a la caridad fraterna. Desde el principio subraya que estamos en comunidad «como hermanos» y los últimos artículos hablan de la caridad con que se debe tratar a los que dejan la Congregación. En la II parte escribe: «Estarán todos unidos por los lazos de la más íntima caridad (...) y en la práctica exacta de la santa obediencia» (2).

Las nuevas Constituciones subrayan aún más las exigencias de la caridad. Presentan un ideal de comunidad que antes de ser funcional y estructural es evangélica, y, por tanto, animada por la caridad. El término caridad se usa para indicar las relaciones fraternales animadas por la fe, mientras que el término amor designa las más de las veces las relaciones con Dios (3), con la Iglesia. En continuidad con el Fundador, el término caridad va con el de obediencia (4) para indicar una complementariedad cualificante. Se usa el término hermano o fraterno para designar a todos los oblatos (5) y su tipo de relaciones (6).

La Constitución 37 indica la relación esencial entre caridad, comu-

nidad, testimonio y misión. «A medida que va creciendo nuestra comunión de espíritu y de corazón, damos testimonio ante los hombres de que Jesús vive en medio de nosotros y nos mantiene unidos para enviarnos a anunciar su Reino» (C. 37 c). Caridad y testimonio se relacionan en particular con el voto de castidad (7).

El libro de las nuevas Constituciones conserva dos textos de las antiguas que hacen relación a la caridad fraterna. El insertado en la sección sobre la comunidad apostólica es de 1825. Subraya el apoyo mutuo, la caridad gozosa, el respeto mutuo (cf. pág. 44). El otro, de 1850, se pone al final, casi como síntesis de las Constituciones. Es una invitación a la renovación en el espíritu de la vocación y de la audacia apostólica. Concluye: «Guardando en su memoria estas palabras (resumen admirable de toda nuestra Regla) “todos unidos por los lazos de la más íntima caridad bajo la dirección de los superiores”, formen un solo corazón y una sola alma» (cf. pág. 141).

Nadie os ha querido más que yo

Eugenio de Mazenod ha sido hombre de grandes deseos para la Congregación y la Iglesia diocesana y de un gran amor para sus oblatos. Es bien conocida su última consigna antes de morir: «Entre vosotros la caridad, y fuera, el celo por la salvación de las almas». Menos conocido e igualmente significativo es lo que encargó a Mons. Guibert decir en su nombre a los oblatos en el momento en que éste le llevaba el santo viático: «dos cosas: que nos había amado siempre y que nos amaría siempre, y que quería que también nosotros nos amáramos como hermanos; que este afecto mutuo nos haría felices, santos y fuertes para el bien» (8). La caridad entre los oblatos era para él entrañable. Vefía en ella el espíritu común que da vida a la Congregación.

El Fundador dio el ejemplo, amando intensamente a sus oblatos. Algunos lectores apresurados se han hasta escandalizado del tono

afectuoso de sus cartas a algunos de ellos. El beato Eugenio, en cambio, veía en este amor suyo a los oblatos, y no sólo a ellos, un don de Dios, un comportamiento parecido al de Cristo, un medio de verdadera santidad. Escribía al padre Baret: «Sabes, hijo muy querido, que la gran imperfección mía es amar con pasión a los hijos que Dios me ha dado. No hay amor de madre que lo iguale» (9). Y al padre Mouchette: «Amo a mis hijos sin comparación más que ninguna criatura podría amarlos. Es un don recibido de Dios y por el que le doy siempre gracias, porque brota de uno de sus más bellos atributos» (10). Y dos años más tarde escribía al mismo: «He dicho a menudo al Señor que, habiéndome dado un corazón de madre y a hijos que merecen por tantos motivos mi amor, debe permitirme amarlos sin medida. Es lo que hago con plena conciencia. Me parece que cuanto más amo a personas como vosotros, querido hijo, más y mejor amo a Dios, principio de nuestro mutuo afecto» (11).

En su diario explicaba la razones de sus fuertes sentimientos: «No concibo cómo pueden amar a Dios los que no saben amar a los hombres dignos de ser amados (...). Quien esté tentado de censurarme, sepa que temo poco su juicio y me comprometo a probarle que tengo motivos sobrados para dar gracias a Dios por haberme dado un alma capaz de comprender mejor la de Jesucristo, nuestro Maestro que ha formado, que anima, que inspira la mía, que todos esos fríos y egoístas razonadores que ponen por lo visto el corazón en el cerebro, y no saben amar a nadie porque mirándolo bien sólo se aman a sí mismos (...). No hay término medio: “Tenemos de él este mandamiento: el que ama a Dios ame también a su hermano” (1 Jn 4, 21). ¡Estúdiense a san Juan, sondéese el corazón de san Pedro y su amor a su divino Maestro, ahóndese, sobre todo, en lo que brota del corazón tan amante de Jesucristo no sólo por todos los hombres, sino en particular por sus apóstoles y sus discípulos, y luego, que alguien se atreva a venir a predicarnos un amor especulativo, privado de sentimiento y sin afecto!» (12).

Por este su amor encarnado el Fundador exigía una correspondencia regular por parte de los oblatos; reaccionaba con tonos marcados de afecto o de reproche, se entretenía con ellos en la oración, gozaba con sus visitas, sufría por las faltas a la caridad fraterna para las que tenía juicios muy duros (13). Sus enseñanzas teóricas sobre la caridad son ocasionales, pero muy ricas (14).

*Caridad, carácter distintivo
de nuestra familia*

El padre Jetté introduce su comentario a la parte que se refiere a la comunidad con un texto de una carta del Fundador al padre Mouchette moderador de los escolásticos (15). En él el beato Eugenio evoca las relaciones existentes entre él y los oblatos: «relaciones que salen del corazón, y que forman entre nosotros verdaderos lazos de familia (...) esto no lo he encontrado en ninguna parte (...). Digo que es este sentimiento, que sé que viene del que es la fuente de toda caridad, el que ha provocado en el corazón de mis hijos esa reciprocidad de amor que constituye el carácter distintivo de nuestra muy querida familia». Anteriormente en la misma carta, casi como introducción, afirmaba: «Imprégnense todos los hermanos oblatos del espíritu de familia que debe existir entre nosotros» (16). Justamente, pues, el padre Jetté pone este texto como la clave para comprender y vivir nuestro estar juntos como misioneros oblatos de María Inmaculada.

El Fundador tuvo esta visión sapiencial no sólo al fin de su vida, sino que construyó sobre ella la formación y animación del Instituto. En 1830 había visitado la comunidad de Nuestra Señora de Laus. Había quedado apenado por la falta de regularidad que allí se notaba. En la siguiente carta escrita desde Friburgo vuelve sobre el asunto, e invitando a la observancia de las Reglas, indica el principio unificador de toda nuestra vida. «Es necesario que haya un espíritu común que dé vida a este cuerpo particular. El espíritu del bernardo no es el del

jesuita. También el nuestro es nuestro. Los que no lo han comprendido, por no haber hecho un buen noviciado, son entre nosotros como miembros dislocados. Hacen sufrir a todo el cuerpo y ellos mismos no están a gusto. Es indispensable que se pongan en su lugar.» Para ilustrar este espíritu habla de la caridad, en su triple expresión hacia Dios, hacia los hermanos y hacia los otros. «La caridad es el eje sobre el que gira toda nuestra existencia. La que debemos tener para Dios nos ha hecho renunciar al mundo y nos ha consagrado a su gloria por todos los sacrificios, aunque fuese incluso el de la vida (...). La caridad para el prójimo es también parte esencial de nuestro espíritu. La practicamos primero entre nosotros amándonos como hermanos, considerando a nuestra Sociedad como la familia más unida que existe en la tierra, alegrándonos de las virtudes, los talentos y otras cualidades que poseen nuestros hermanos como si fueran nuestras, soportando con dulzura los pequeños defectos que algunos no han superado aún, cubriéndolos con el manto de la caridad más sincera, etc., para el resto de los hombres, considerándonos como los servidores del padre de familia encargados de socorrer, ayudar, acompañar a sus hijos por el trabajo más asiduo...» (17).

Los superiores generales han vuelto constantemente sobre este tema de la caridad fraterna (18). El padre Fabre, sucesor del beato Eugenio, escribe: «Los verdaderos oblatos de María Inmaculada se deben reconocer por el afecto que nos tenemos unos a otros. Es la señal por la que nos reconoceremos entre nosotros y por la que han de reconocernos en el exterior. Es necesario, pues, amarnos, estimarnos unos a otros» (19). «Seamos en el exterior misioneros celosos y generosos, seamos en nuestras comunidades oblatos fervientes, llenos de caridad unos por otros. Juzguemos con indulgencia, amémonos con todo nuestro corazón, seamos, en todas nuestras relaciones mutuas, verdaderos hermanos. Que en todas partes y siempre se nos reconozca por este signo» (20).

El padre Luis Soullier reclamaba esta virtud para la casas de formación. «¡Que el espíritu de amor y de caridad, que debe ser el carácter distintivo del oblato de María Inmaculada, reine siempre cada vez más, no sólo en este querido escolasticado de Roma donde nos ha sido dado contemplarlo en su más bella expresión, sino también en todas las casas de formación, para de ahí difundirse en la Congregación entera, hasta las extremidades más lejanas! Es un punto al que damos gran importancia, en el momento que, por especial disposición de la Providencia, la Congregación abre sus brazos y su corazón a hijos que vienen de todos los países» (21).

*Caridad, camino oblato
a la santidad*

La caridad no es algo exclusivo de los oblatos. Es el mandamiento nuevo de Jesús a todos sus discípulos. La misma vida religiosa es definida por el Concilio en relación con la caridad. La caridad es la regla última en el mismo ejercicio de la misión, como nos recuerda Juan Pablo II en la encíclica misionera (22).

¿Qué hay entonces de nuevo en la caridad oblata? El Fundador ante todo nos quería cristianos auténticos, religiosos verdaderos, misioneros celosos. Quería que nuestras comunidades fueran a imagen de la comunidad cristiana primitiva descrita en los Hechos de los Apóstoles. La expresión «un solo corazón y un alma sola» remite a aquel ideal vinculado al testimonio y a la fecundidad apostólica. Quería que continuáramos el espíritu y las obras de las órdenes religiosas suprimidas. En otras palabras, quería que viviéramos el alma de la vida consagrada, es decir, «la caridad que el Espíritu Santo infunde en los corazones para que vivan cada vez más para Cristo y su cuerpo que es la Iglesia» (23). Quería que fuéramos misioneros celosos, es decir, llenos de amor activo y creativo por las almas amadas y salvadas por Cristo.

El padre Maurice Gilbert, fundador de la revista *Vie Oblate Life* y gran conocedor del Fundador, concluía así su artículo sobre las últimas palabras del Fundador: «Thomas Merton (...) hace simplemente esta reflexión: “El ideal franciscano de pobreza parece desempeñar el mismo papel en la vida espiritual que el de silencio y de soledad en las órdenes puramente contemplativas”. Los dos caminos, en efecto, se encuentran al final: la purificación del alma y su unión con Dios. Es lícito preguntarse también cuál es para el oblato el camino de la santidad, su modo propio de entrar en contacto con el misterio pascual de Cristo. No es ciertamente el silencio y la soledad del contemplativo, ni la pobreza del franciscano. ¿No sería justamente su ideal de caridad fraterna y apostólica? (...) Volviendo a la frase de Thomas Merton, creemos poder decir: el ideal oblato de caridad parece desempeñar el mismo papel en la vida espiritual que el de silencio y de soledad en las órdenes puramente contemplativas. El “testamento del corazón del Fundador” expresa bien “el alma de nuestra alma”» (24). Convento en esta conclusión añadiendo el celo a la caridad. El ideal oblato de caridad y de celo es característica de nuestro carisma; es vía privilegiada de nuestra purificación interior y de nuestra unión con Dios; es nuestro camino hacia la santidad; es nuestro modo de entrar en contacto y de transmitir el misterio pascual.

*Educarnos a una caridad
encarnada y consagrada*

La caridad no es algo automático, espontáneo. No es como cierto amor humano que es a menudo ciego. Es fruto de conquista y de ascesis. Es participación en el misterio pascual que es muerte además de resurrección. Es don del Espíritu.

Hablando de caridad se pueden usar términos diferentes, como amistad, hermandad, amor, empatía, intimidad, etc. Los términos y las expresiones pueden tener significados diversos, a veces incluso ambi-

guos y hasta opuestos según las culturas, las personas y los tiempos. También en esto se puede llegar a ser víctimas de malentendidos e ilusión. Se impone, por tanto, un proceso de iniciación, de discernimiento hecho en el propio contexto y verificado con hombres de Dios. De esta virtud quisiera subrayar dos características que son como las dos caras de la misma medalla. La caridad oblata debe ser encarnada y debe ser consagrada, es decir, debe responder a las exigencias de personas consagradas a Dios y entregadas a la misión.

Cuando digo que la caridad debe ser encarnada, entiendo que debe ser concreta e integral. Comprende el entendimiento y el espíritu, el corazón y los sentimientos, el interior y el exterior. Debe ser afectiva y efectiva, sensible y servicial, atenta e inventiva. Exige el respeto y el aprecio mutuo, la ayuda mutua en el crecimiento personal y en la fidelidad vocacional, el compartir la vida propia incluso interior. Se hace comunión e interdependencia que no se limitan a sectores particulares, sino que tendencialmente se abren a todas las dimensiones de nuestra vida, sobre todo a aquellas más importantes como la misión y la consagración, la vida de fe y de oración, el camino personal y las exigencias humanas. «Nos os digo: amaos unos a otros; esta recomendación sería ridícula; sino que os diré: mirad unos por otros y velad cada uno por la salud de todos.» (25). Pablo, que en el famoso capítulo 13 de la primera carta a los Corintios hace elogio de la caridad, no deja de bajar a lo práctico. «El que ama es paciente y generoso. El que ama no tiene envidia, ni es orgulloso. El que ama no es mal educado, ni egoísta; no se irrita, no lleva cuentas del mal (...). El que ama disculpa sin límites, cree sin límites, aguanta sin límites, espera sin límites» (cf. 1 *Cor* 13, 4-7).

Nuestro amor fraterno debe ser también consagrado. Sus modalidades deben expresar nuestra consagración especial a Dios. Tiene, por tanto, exigencias y manifestaciones diferentes del amor de las personas casadas o solteras que viven en el mundo. Para amar como consagrados

es preciso dejarse plasmar por la Palabra de Dios que ilumina y señala el camino. No sólo los textos sobre la caridad (26), sino toda la Palabra de Dios nos hace entrar en las actitudes de Cristo. Confrontándonos con ella y cultivando una verdadera amistad con Jesús, nos hacemos «aptos para amar con su corazón» (cf. R. 12). Es la identificación progresiva con él la que nos enseña a ver «a través de la mirada del Salvador crucificado el mundo rescatado por su sangre» (C. 4) y, por tanto, a amar a todos como él, comenzando por nuestros hermanos. Entonces llegamos a estar «dispuestos a sacrificar bienes, talentos, descanso, la propia persona y vida por amor de Jesucristo, servicio de la Iglesia y santificación de los hermanos» (cf. Prefacio).

En su amor, el Fundador se ha dejado plasmar por la Palabra de Dios leída y meditada cotidianamente y por su experiencia de Cristo renovada en la oración constante. En su primer comentario a las Reglas escribía: «Íntimamente unidos a Jesucristo, su jefe, formarán uno entre sí, sus hijos, muy estrechamente unidos por los lazos de la más ardiente caridad, viviendo bajo la más perfecta obediencia, para adquirir la humildad que les es tan necesaria *"arctissimis charitatis vinculis connexi"*. No deben, por tanto, enfurruñarse unos con otros, no deben contristarse unos a otros por muestras de indiferencia o de frialdad. *"Arctissimis charitatis vinculis connexi, omnes sanctae obedientiae sub superiorum regimine exacte subiicientur"*. No se trata aquí sólo del superior general. ¿Qué decir entonces de las murmuraciones? ¿Qué decir de los prejuicios?» (27).

*Perdón y reconciliación,
exigencias de caridad.*

Respecto a la caridad, los aspectos más difíciles de practicar son el perdón mutuo cuando se ha herido y la corrección fraterna. Tradicionalmente entre nosotros existía un ejercicio comunitario regular, llamado «culpa». Cayó en desuso, tal vez porque había perdido su

sentido profundo. El último capítulo general vuelve sobre este aspecto con realismo y con una visión de propuesta.

El documento *Testigos en comunidad apostólica* tiene afirmaciones que han impresionado a más de uno: «No es apenas posible evitar las heridas que provienen de la vida o del ministerio; de ahí que la comunidad tiene un papel de curación y de reconciliación. Si no se presta este servicio, las incomprensiones acumuladas destruirán la confianza y harán las relaciones comunitarias superficiales y formales» (*TCA*, 23, 4).

Después de meditar sobre este texto de *TCA* en el escolasticado de Alemania, se ha constituido un grupo con la tarea de ver lo que hiere a la comunidad, lo que crea tensiones e incomprensiones y bloquea las relaciones. Este grupo debe también proponer vías de reconciliación y modos para incrementar la unidad y la comunión en el escolasticado.

No hay, en efecto, comunidad ideal ni caridad perfecta ni siquiera entre los consagrados de comunión diaria con el Señor. Por caracteres o experiencias distintas, por faltas de atención o de delicadeza, por hechos o acontecimientos, por divergencias de opinión y de acción, por cultura o educación diferentes pueden nacer en nosotros y en los compañeros actitudes y reacciones de incomprensión, de antipatía, hasta de enemistad y de ruptura.

Ante las dificultades e incomprensiones que surgen en comunidad y entre compañeros la solución no está en ignorar las situaciones y encerrarse en sí mismos; no está tampoco en hacer las maletas, dar el portazo y largarse. En esta vida seguimos siendo peregrinos y pecadores. Lo importante es no pararnos, desilusionados de nosotros mismos, de los demás y de la vida religiosa. Hay una sola solución: perdonarnos y reanudar el camino de los discípulos de Jesús. El camino evangélico está en la reconciliación, en el comenzar de nuevo

a amarse como hermanos. En estas circunstancias vale también para nosotros lo que Jesús decía: «Si queréis sólo a los que os quieren, ¿qué recompensa vais a tener? (...) Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (cf. *Mt* 5, 43-48). Entonces se saboreará aún más que en las experiencias idílicas de los primeros tiempos lo de «qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos» (*Sal* 132, 1).

Por lo demás, llevar las cargas de los otros (cf. *Gál* 6, 2), dar la vida (cf. *Jn* 15, 13), perdonarse mutuamente (cf. *Ef* 4, 32), ayudarse a crecer y a superar nuestros defectos forma parte esencial de la caridad fraterna. La comunidad es verdadera cuando nos ayuda con el perdón y la corrección fraterna. Escribía el Fundador a un director del seminario de Ajaccio: «Seamos humildes y que la caridad de Jesucristo nos inspire; sin esto se corre el riesgo de ser sólo fariseos, muy hábiles para ver la paja en el ojo de sus hermanos y ciegos para descubrir la viga que nos hace daño a nosotros mismos» (28).

Caridad y unidad en la Congregación

Para el Fundador la caridad no se limita a la sola comunidad local, haciendo de ella un hogar íntimo y misionalmente dinámico. La caridad debe extenderse a toda la Congregación, a todos sus miembros y a todas sus comunidades. Debe llegar a ser una unidad, que haga superar las dificultades y haga a toda la Congregación misionera (29). En los escritos del beato Eugenio hay un hecho sorprendente que manifiesta su sentido profético. En tiempos en que los oblatos eran casi todos franceses y se conocían entre sí, él unía con insistencia caridad y unidad. Hoy esta unidad tiene muchísima importancia dada nuestra extensión geográfica y nuestra diversidad cultural.

Eugenio de Mazenod quería que su Congregación fuera una familia unida, un cuerpo, un edificio, un árbol. Hacia el fin de su vida escribía

a los oblatos de Canadá: «A cualquier distancia que estéis del centro de la Congregación, considerad que debéis vivir de la vida de la familia de la que formáis parte. Es consolador en las extremidades de la tierra donde os encontráis, pensar que vivís de la misma vida y en comunión íntima con vuestros hermanos extendidos por toda la superficie del globo» (30). Y también: «Alegrémonos, pues, mutuamente por todo el bien que se hace por los nuestros en las cuatro partes del mundo. Todo es a lo solidario entre nosotros. Cada uno trabaja para todos y todos para cada uno. ¡Oh hermosa, conmovedora comunión de los santos!» (31).

Para favorecer esta unidad en la Congregación hay muchos medios, como las informaciones, los capítulos, las visitas del provincial y del gobierno general, los congresos y sesiones a nivel provincial, regional y general, las experiencias pastorales, los intercambios de personal y sobre todo las obediencias, etc. Observo con satisfacción que en varias provincias la práctica pastoral se hace también fuera del propio país. Varias regiones organizan también encuentros de escolásticos.

El Fundador veía particularmente en la Eucaristía el punto de encuentro y de unidad de todos los oblatos. Entre sus muchos testimonios, escojo uno de sus últimos años: «Es un consuelo muy grande tener un centro común donde nos encontramos cada día. Qué deliciosa cita este altar donde se ofrece la santa víctima, este tabernáculo donde venimos cada día a adorar a Jesucristo y a hablar con él de todo lo que nos interesa. Le hablo de vosotros en la efusión de mi corazón; le hablo de todos los otros hijos que su bondad me ha dado; le pido que os conserve en los sentimientos de la perfección religiosa de la que habéis dado ejemplo durante vuestro noviciado y vuestro escolasticado. Le pido que os mantenga en la santa humildad en medio de los prodigios de celo, de mortificación, de caridad que vuestro ministerio tan penoso os da tan a menudo la ocasión de hacer. Le suplico también que os conserve la salud a fin de que podáis seguir

mucho tiempo respondiendo a vuestra sublime vocación procurando la gloria de Dios y la salvación de las almas, de estas pobres almas tan abandonadas y que sólo pueden salvarse por vosotros, servidores entregados que no tenéis otra cosa a la vista en este mundo» (32). La unidad de la familia oblata, como la unidad de la vida personal y comunitaria se realiza en Cristo y por él (33).

*Caridad testimonio
para el mundo de hoy*

La comunidad que vive en la caridad es respuesta a nuestro mundo dividido, replegado en sí, dominado por egoísmos e injusticias (cf. TCA, 3-4). «Impugna de forma profética el individualismo del mundo y lo arbitrario del poder, fuente de desdicha para tantos pobres. Al mismo tiempo, da a este mundo razones para esperar, en su esfuerzo por salir de su disgregación y dispersión. Al estilo de Cristo que siempre atento invita a su banquete, así nuestra vida comunitaria tendrá la humilde autoridad de una propuesta que nunca abusa ni fuerza» (TCA, 8).

Una comunidad donde reina la caridad es signo de la vida nueva traída por Cristo. Tal testimonio es verdadero porque es vivido por personas normales, reunidas no por la carne y la sangre, por afinidades psicológicas o ideológicas, sino por la fe y el amor de Cristo. Esto llega a ser signo del mundo instaurado por Cristo en un mundo egoísta y dividido. Es especialmente signo si se vive con perseverancia en el cambiar de las circunstancias y no bajo el impulso de una generosidad pasajera.

La caridad comunitaria llega a ser motivo de credibilidad de nuestro ministerio, que invita a la reconciliación, a la superación del egoísmo, a la solidaridad y a la justicia. Suscita normalmente conversiones y vocaciones, porque permite al Señor actuar en nosotros y a través de nosotros.

Concluyo como hizo el Fundador en su primera carta circular del 2 de agosto de 1853, resumiendo todas mis recomendaciones y deseos con estas palabras del apóstol Pablo a los Corintios (2 *Cor* 13, 11-13): «Por lo demás, hermanos, alegraos, trabajad por vuestra perfección, animaos; tened un mismo sentir y vivid en paz. Y el Dios del amor y de la paz estará con vosotros. Saludaos mutuamente con el beso santo. La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo estén siempre con vosotros».

Marcello Zago, o.m.i
Superior general

Roma, 6 de enero de 1994
Fiesta de la Epifanía del Señor



Notas

1. Cf. *Testigos en comunidad apostólica*, 10, 22, 23, 37, 51.
2. II Parte, cap. I, parr. 4 en *Selección de textos*, n° 334.
3. Cf. CC. 2, 12, 33, 34, 59, 63, 73.
4. Cf. CC. 3, 38, 81.
5. Cf. CC. 42, 71, 80, 81, 84.
6. Cf. CC. 18, 35, 53, 89, 113.
7. Cf. CC. 15, 16.
8. TEMPIER, *Circular* . n° 2, 29 enero 1861, pág. 2.
9. Carta al padre Baret, 17 enero 1851, en *Lettres*, Vol. 11, pág. 30.
10. Carta al padre Mouchette, 24 abril 1855, en *Lettres*, Vol. 11, pág. 266.
11. Carta al padre Mouchette, 22 marzo 1857, en *Lettres*, Vol. 12, pág. 43.
12. Diario, 4 septiembre 1857, en *Selección de textos*, n° 327.
13. Cf. *Selección de textos*, n° 324-326, 329-332, 341, 343-344, 349.

14. Cf. C. LUBOWICKI: *Mystère et dynamisme de l'Amour dans la vie du Bx Eugène de Mazenod*, Teresianum, Roma, 1990.
15. F. JETTÉ: *O.M.I. Homme apostolique*. Commentaire des Constitutions et Règles Oblates de 1982, Roma, 1992, págs. 221-222.
16. Carta al padre Mouchette, 2 diciembre 1854, en *Selección de textos*, n° 299.
17. Carta al padre Guibert, 29 julio 1830, en *Lettres*, Vol. 7, pág. 206.
18. Cf. Maurice GILBERT: *La charité fraternelle chez les Oblats d'après les Circulaires Administratives des Supérieurs généraux*, en *Études Oblates*, 1969, págs. 60-79.
19. *Circular*, n° 11, 21 marzo 1862, pág. 8.
20. *Circular*, n° 40, 8 diciembre 1886, pág. 3.
21. *Circular*, n° 55, 1 enero 1894, pág. 6.
22. Cf. *Redemptoris Missio*, 60.
23. Cf. *Perfectae Caritatis*, 1; Cf. 15.
24. M. GILBERT: *Les «Novissima verba» du Fondateur*, en *Études Oblates*, 28 (1969), págs. 58-59.
25. Carta al padre MYE, 19 junio 1825, en *Selección de textos*, n° 377.

26. Cf. Mt 5, 43-48; Jn 13, 17; Rom 12, 9-16; 1 Cor 13; Gál 5, 13-24; 1 Jn 3, 11-18.
27. Apuntes de retiro, 8 octubre 1831, *Selección de textos*, n° 338.
28. Carta al padre Telmon, 14 octubre 1836, en *Lettres*, Vol. 8, pág. 23.
29. Domenico ARENA: *Unità e Missione nelle lettere del Beato Eugenio de Mazenod*, Gregoriana, Roma, 1991.
30. Carta a los padres Maisonneuve et Tissot, 24 noviembre 1858, en *Selección de textos*, n° 350.
31. Carta al padre Baudrant, 11 enero 1850, en *Selección de textos*, n° 346.
32. Carta al padre Végreville, 25 marzo 1857, en *Selección de textos*, n° 268.
33. Cf. CC. 1, 3, 12, 26, 31, 33, 37, 71, 75, 81.

* * *

* *

Nuestras comunidades se distinguen por un espíritu de sencillez y alegría. Compartiendo mutuamente lo que somos y lo que tenemos, hallaremos acogida y apoyo.

Cada cual pondrá al servicio de todos sus dones de amistad y los talentos recibidos de Dios.

Esta comunicación contribuirá a intensificar nuestra vida espiritual, nuestro desarrollo intelectual y nuestra actividad apostólica.

Con la humildad y la fuerza de la caridad, expresaremos nuestra responsabilidad para con los demás en la corrección fraterna y en el perdón (C. 39).

* *